

Serie

ALEGRIA INDESTRUCTIBLE

Octubre 25, 2023

Zoom ID: 898 9111 2295

PASSCODE: revive

“ VER Y SABOREAR LA GLORIA DE DIOS “

TEXTO

Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. 2 Corintios 4:6

PRIMERA SECCION

Todo lo que Dios ha creado tiene que ver con su gloria. Lo que el hombre anhela en lo más íntimo de su corazón y lo que el cielo y la tierra tienen de significado más profundo se resumen en esto: la gloria de Dios. El universo fue hecho para reflejarla, y nosotros fuimos hechos para verla y saborearla. Si no cumplimos con ese propósito, las cosas no pueden ir bien, y por eso el mundo está como está, dominado por el desorden y el caos. Hemos sustituido la gloria de Dios por otras cosas (Romanos 1:23).

Los cielos cuentan la gloria de Dios (Salmo 19:1). Por eso existe el universo. Todo está relacionado con la gloria. El telescopio espacial Hubble nos envía imágenes infrarrojas de galaxias casi imperceptibles que pueden encontrarse a doce mil millones de años luz de nosotros (doce mil millones por más de nueve billones de kilómetros). Incluso dentro de nuestra Vía Láctea existen estrellas tan grandes que desafían cualquier tipo de descripción. La estrella Eta Carinae, por ejemplo, es cinco millones de veces más grande que nuestro sol.

A veces la gente se confunde al comparar esta inmensidad con la aparente insignificancia del hombre. Ciertamente parece que nos hace infinitesimalmente pequeños, pero el significado de esta magnitud no tiene que ver con nosotros, sino con Dios. *Los cielos cuentan la gloria de Dios*, dice la Escritura. La razón de que se haya “desperdiciado” tanto espacio en un universo para albergar una pizca de humanidad es hacer una observación sobre nuestro Creador, no sobre nosotros. *Levantad en alto vuestros ojos, y mirad quién creó estas cosas: él saca y cuenta su ejército; a todas llama por sus nombres; ninguna faltará; tal es la grandeza de su fuerza, y el poder de su dominio* (Isaías 40:26).

SEGUNDA SECCIÓN

El anhelo más profundo del corazón del hombre es conocer y disfrutar de la gloria de Dios. Fuimos hechos con ese propósito. *Trae de lejos mis hijos, y mis hijas de los confines de la tierra; para gloria mía los he creado*, dice el Señor (Isaías 43:6–7). Verla, saborearla y reflejarla: ésa es la razón de nuestra existencia. Las desconocidas e inimaginables extensiones del universo creado por Dios son una parábola de las inagotables *riquezas de su gloria* (Romanos 9:23). El ojo físico tiene que decirle al ojo espiritual: “El Deseo de tu alma no es esto, sino el Hacedor de esto”. San Pablo dijo: *Nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios* (Romanos 5:2). Y también dijo, de una manera incluso más precisa, que habíamos sido preparados *de antemano para gloria* (Romanos 9:23). Por eso fuimos creados, para que él pudiera *hacer notorias las riquezas de su gloria para con los vasos de misericordia* (Romanos 9:23).

Todos los hombres tenemos ese deseo en el corazón, pero lo suprimimos, pensando que no vale la pena tener en cuenta el conocimiento de Dios (Romanos 1:28). Por esta razón la creación entera ha caído en el caos. El ejemplo más destacado de esta realidad que encontramos en la Biblia es el desorden de nuestra vida sexual. Pablo dice que poner otras cosas en el lugar que le corresponde a la gloria de Dios es la causa fundamental del desorden homosexual (y heterosexual) de nuestras relaciones. *Sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros* (Romanos 1:26–27). Si sustituimos la gloria de Dios por otras cosas de menor valor, él nos entrega a estas parábolas de depravación, que se hacen realidad en nuestras vidas: los otros cambios, que reflejan, en nuestra miseria, el cambio fundamental.

La cuestión es que fuimos hechos para conocer la gloria de Dios y valorarla por encima de cualquier otra cosa; y cuando sustituimos ese tesoro por imágenes, todo se desordena. El sol de la gloria de Dios fue hecho para brillar en el centro del sistema solar de nuestra alma. Cuando lo hace, todos los planetas de nuestra vida se mantienen en la órbita correspondiente, pero cuando el sol es quitado de su lugar, todo lo demás se viene abajo. Para sanar el alma hay que empezar por devolverle a la gloria de Dios su lugar en el centro, para que resplandezca y mantenga cada cosa en su sitio.

TERCERA SECCIÓN

Lo que todos necesitamos es la gloria de Dios, no a nosotros mismos. Nadie va al Gran Cañón para aumentar su propia autoestima. ¿Por qué vamos? Porque se consigue mayor sanidad para el alma contemplando el esplendor que contemplándose a uno mismo. Ciertamente, ¿se os ocurre algo más ridículo en un universo tan grande y glorioso como éste que un ser humano, en esta manchita llamada tierra, frente a un espejo intentando encontrar algún significado en su propia imagen? ¿Qué triste es saber que éste es el evangelio del mundo moderno!

Pero no es el evangelio cristiano. En la oscuridad de la nimia preocupación por uno mismo ha brillado *la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios* (2 Corintios 4:4). El evangelio cristiano trata de *la gloria de Cristo*, no de mí. Y cuando trata —en alguna medida— sobre mí, no es sobre el hecho de que Dios me haga importante, sino sobre el hecho de que Dios, en su misericordia, me capacita para disfrutar haciéndole importante a él para siempre.

¿Cuál fue la mayor prueba de amor que Jesús pudo darnos? ¿Cuál fue el punto final, el bien más alto del evangelio? ¿La redención? ¿El perdón? ¿La justificación? ¿La reconciliación? ¿La santificación? ¿La adopción? Todas estas grandes maravillas, ¿no son sólo medios hacia algo

mayor, algo final? Es lo que Jesús le pidió a su Padre que nos diera: *Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado* (Juan 17:24).

CUARTA SECCIÓN

El evangelio cristiano es *el evangelio de la gloria de Cristo* porque su objetivo final es que veamos, saboreemos y reflejemos la gloria de Dios. Él es *el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia* (Hebreos 1:3). *Él es la imagen del Dios invisible* (Colosenses 1:15). Cuando la luz del evangelio brilla en nuestro corazón, es la luz *del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo* (2 Corintios 4:6). Y cuando *nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios* (Romanos 5:2), esa esperanza es *la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo* (Tito 2:13). La gloria de Cristo es la gloria de Dios (véase capítulo 2).

Por una parte, Cristo dejó a un lado la gloria de Dios cuando vino: *Ahora pues, Padre, glorificame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese* (Juan 17:5). Pero, por otra parte, Cristo manifestó la gloria de Dios en su venida: *Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad* (Juan 1:14). Así pues, en el evangelio vemos y saboreamos *la gloria de Dios en la faz de Jesucristo* (2 Corintios 4:6). Y este “ver” trae sanidad a nuestras desordenadas vidas. *Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen* (2 Corintios 3:18).